

Tribuna

De la Vega, cronista de lo cotidiano

Aunque se le sigue leyendo diariamente en un matutino de Santiago, la verdad es que Daniel de la Vega nos dejó físicamente en el otoño de 1971. Durante sesenta años se le consideró, con toda justicia, el gran cronista de lo cotidiano. Comenzó siéndolo cuando todavía era un muchacho, en "La Mañana", donde le pagaban diez pesos semanales. De ahí se fue a "Zig Zag", ganando cincuenta, pero fue en "El Mercurio" donde creó generaciones de lectores.

Paralelamente, incursionó en el teatro y en la poesía. Releyendo "El bordado inconcluso" -que transcurre en "la monótona vida provinciana"- sorprende su dominio de la técnica dramática. Como poeta, consideraba que sus versos eran malos, pero que sí llegaban "al corazón de todos". No extrañaba, entonces, que su modestia le abriera todas las puertas.

Para los estudiosos de su obra, el gran mérito de Daniel de la Vega consistió en comprender las cosas sencillas y hablar a los seres sin complicaciones. Destacó, además, como un observador fino y sagaz. "Este es un pueblo sin imaginación -decía- y la historia que aquí se escribe es de una aridez que espanta. No hay autores, hay notarios".

No sólo obtuvo los premios nacionales de Teatro y Periodismo. También recibió el de Literatura. Preguntado por qué en su producción nunca se encontraba un mensaje, De la Vega replicó: "Joven, los mensajes se envían desde la oficina del telégrafo". Muchos veían en ese "anticompromiso" suyo una actitud de rebeldía frente al dogmatismo. A manera de ejemplo comentaba que, aunque no le gustaban los curas, no escribía contra ellos porque respetaba profundamente las creencias de los demás.

Quilpué -el lugar de su nacimiento- equivalía para De la Vega al Macondo

• Descendiente de asturianos, lo hizo tremendamente feliz la designación de Agregado Cultural en Madrid, durante la segunda presidencia de Carlos Ibáñez del Campo, quien se confesaba un seguidor de sus crónicas. Como eludía cócteles y comidas oficiales, disfrutó España a sus anchas.



de García Márquez, un novelista que sólo conocía de nombre. Los seres que poblaron su infancia lo acompañaron siempre. Es que Quilpué representaba mucho para él. Sus bis-

buelos habían sido dueños de Quilpué, cuando no era más que un inmenso fundo. Su padre, sin embargo, "quemó" toda la fortuna heredada y dejó una viuda pobre con tres niños. Daniel, el mayor, tuvo que trabajar cuando todavía era adolescente.

Descendiente de asturianos, lo hizo tremendamente feliz la designación de Agregado Cultural en Madrid, durante la segunda presidencia de Carlos Ibáñez del Campo, quien se confesaba un seguidor de sus crónicas. Como eludía cócteles y comidas oficiales, disfrutó España a sus anchas. Tenía dinero de sobra para ir a las corridas de toros, las que -confidenciaba-, lo volvían loco.

Entrañable amigo de Manuel Magallanes Moure, Pedro Prado, Fernando Santiván y Pedro Sienna, no toleraba a Augusto D'Halmar, por "farsante", ni a Vicente Huidobro, del que se había distanciado con la impresión de que hacía "sentir mucho sus apellidos y sus millones". Con Gabriela Mistral se "carteó" toda la vida, sin que jamás llegaran a conocerse, y con respecto a Neruda, pensaba que por sus versos de "Crepusculario" ya era merecedor del Premio Nobel. No tuvo, sí, la alegría de saber que lo había ganado, porque murió meses antes.

Con la numerosa prole de sus dos matrimonios, Daniel de la Vega acostumbraba reunirse todos los domingos. Como preciada heredad sus hijos se repartieron emocionados sus libros y sus pipas, dos objetos que coleccionó con amor durante casi ochenta años. A nosotros nos dejó el legado de sus crónicas. Hay que leerlas. No las pasemos de largo.

Sergio Ramón Fuentealba